

Hamás

por *Fernando Mora*¹

El acuerdo firmado en relación con la Franja de Gaza que prevé un desarme “rápido” y “quizás violento” de Hamás revelaría un exceso retórico: muestra un profundo desconocimiento de la realidad política, social y militar de Gaza. Prometer una solución expeditiva a un conflicto de esta magnitud no es solo una irresponsabilidad política; es una fantasía que ignora la historia y subestima la complejidad del terreno reprochan algunos expertos.

Una visión simplista frente a una realidad inestable Hamás no es solo un grupo armado: es una organización profundamente arraigada en la estructura social, política y territorial de Gaza. Desde 2007, ha establecido un control violento férreo, sostenido por una narrativa de resistencia y la ausencia total de una alternativa política legítima. Pensar que puede ser desarmado únicamente por presión militar externa es desconocer cómo funcionan los procesos de desmilitarización que son el resultado de una negociación política, con garantías reales y un marco institucional estable. Gaza no ofrece nada de eso por el momento.

Desarme sin Estado: el error de base

La gran contradicción es clara: se exige el desarme de Hamás (que controla la Franja por la fuerza) sin ofrecer ninguna autoridad viable para sustituirlo. La idea de una administración interina tecnocrática carecería de legitimidad, base popular y poder real para algunos observadores. Hamás, aunque debilitado, sigue siendo el único actor que ejerce control efectivo violento sobre la Franja.

Mientras no exista una autoridad palestina unificada, creíble y con respaldo interno [los palestinos secuestrados por Hamás tienen miedo], cualquier propuesta de desarme será percibida como una imposición externa. Y en ese contexto, la resistencia –no la rendición– es lo que gana tracción.

DDR: un marco útil, pero hoy inviable

El proceso de desarme, desmovilización y reintegración (DDR), promovido por organismos internacionales, ha sido exitoso en ciertos contextos. Pero su eficacia depende de condiciones que Gaza simplemente no tiene por el momento: voluntad política, liderazgo reconocido, capacidad

institucional, seguridad garantizada. Hoy, el territorio está dominado por múltiples actores armados, hay un vacío de gobernanza, y la población vive bajo una presión humanitaria extrema. Implementar un DDR en este contexto es como querer aplicar cirugía fina en medio de un terremoto.

El riesgo de una nueva escalada interna

Lejos de reducirse, la violencia interna en Gaza se ha intensificado. Hamás ha retomado ejecuciones sumarias, y los enfrentamientos con clanes armados como los Doghmush evidencian una lucha de poder subterránea pero activa. En este escenario, forzar el desarme sin un acuerdo político previo no solo es inviable: es peligrosamente destabilizador. Puede desencadenar una nueva ola de enfrentamientos, una guerra civil de baja intensidad y una fragmentación aún mayor del ya frágil tejido palestino.

El camino realista: política antes que coerción

Para algunos expertos, desarmar a Hamás no es un punto de partida: es una meta. Y solo puede alcanzarse si se dan primero las condiciones políticas adecuadas. La experiencia internacional lo demuestra con claridad: los grupos armados se desarman cuando existe una salida política, garantías de seguridad y reconocimiento mutuo. La presión militar o la imposición externa, sin un acuerdo político de fondo, fracasa o genera nuevas formas de conflicto. El desafío no es solo militar; es, sobre todo, político.

Para ciertos observadores, quienes prometen soluciones rápidas ignoran que en conflictos como este no hay atajos. Lo que se necesita no es fuerza sin estrategia, sino una visión política inclusiva, realista y respaldada regionalmente. Solo así será posible desarmar a Hamás de manera duradera. No por la fuerza, sino por la transformación del contexto que lo hizo necesario.

Este panorama no es casual. En los últimos dos años, Hamás –respaldado por aliados como Irán, Hezbolá, y otros grupos islamistas en Yemen y distintas regiones del mundo– ha buscado consolidar una legitimidad tanto política como de facto, mientras mantiene a miles de civiles sometidos bajo

¹Analista global. Ha trabajado en cuatro continentes. Dos años y ocho meses en el medio oriente.

regímenes de terror, como ocurre hoy con los palestinos en la Franja de Gaza.

Su maquinaria propagandística ha sido extraordinariamente eficaz. En redes sociales, se han posicionado como supuestos defensores de los pueblos que en realidad controlan mediante el miedo, la represión y las ejecuciones sumarias.

En América del Sur, regímenes como los de Nicolás Maduro y Gustavo Petro, junto con sus coaliciones, han respaldado abiertamente la narrativa de grupos extremistas como Hamás y Hezbolá. Lo han hecho no solo en sus discursos oficiales, sino también a través de ejércitos de bots digitales, ignorando –o despreciando deliberadamente– la complejidad geopolítica de conflictos profundamente arraigados en Gaza, Líbano, Yemen e Irán.

Su apoyo no es meramente ideológico ni simbólico: al permitir su presencia en la frontera colombo-venezolana, brindarles asistencia humanitaria y facilitar sus operaciones criminales –incluyendo narcotráfico, trata de personas y contrabando de minerales– buscan importar a en la región los métodos violentos y desestabilizadores de estos actores.

La llamada “Paz Total” de Petro no es una política de reconciliación: es una cesión deliberada de

soberanía. Al empoderar a grupos armados ilegales y organizaciones criminales, tanto en Colombia como en Venezuela, se busca otorgarles control territorial y legitimidad política.

Es el mismo modelo que Hamás impone en Gaza y Hezbolá en el Líbano: transformar a grupos violentos en interlocutores políticos, no para enfrentarlos, sino para negociarlo todo con ellos. Esta estrategia representa una amenaza directa a la democracia, al orden institucional y a la seguridad de ambos países.

Sería ingenuo pensar que esto obedece a una causa ideológica. Lo que está en juego es el poder. Mientras el presidente Palestino Abbas condena abiertamente a Hamás, Maduro y Petro lo usan como referente táctico.

El verdadero objetivo de Maduro-Petro es asegurar control territorial y acumular capital político en vísperas de elecciones legislativas y presidenciales en Colombia en 2026, y frente a una salida –negociada o impuesta– del poder por parte de Maduro en Venezuela. Este no es un proyecto de paz ni de justicia social. Es una estrategia de poder.

Bogotá, Colombia 16 de octubre 2025.